

EL CASTILLO ^{DE} LOS GUERREROS
SIN CABEZA

José María Plaza

EL CASTILLO DE LOS GUERREROS
SIN CABEZA

edebé

© del texto, José María Plaza, 2008

© de las ilustraciones de cubierta, Noemí Villamuza

Proyecto y dirección: EDEBÉ

© Ed. Castellana: edebé, 2008

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte

Diseño: Els Altres

ISBN 978-84-236-8876-0

Depósito Legal: B. 24939-2008

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

1. Volver a la aventura	7
2. Una larga espera	14
3. La leyenda del castillo	21
4. Una más y una menos	27
5. El primer encuentro	34
6. La llegada al monasterio	41
7. El segundo encuentro	48
8. La habitación de la gran chimenea	56
9. Explorando, explorando	64
10. Erika desaparece	71
11. El tercer hombre	78
12. Una cabeza rodante	85
13. De repente, el castillo	93
14. Hacia el gran secreto	101
15. Dos armaduras agujereadas	111
16. Cuatro sospechosos	118
17. En la Edad Media	126

18. Separados puerta con puerta	134
19. Un retrato de hace siglos	144
20. Cruzando el bosque de la muerte	154
21. El desafío de las águilas carnívoras	163
22. Combate desigual	172
23. Por la senda peligrosa	180
24. Llegan las explicaciones	192
25. Última visita al castillo	200
Epílogo	207

1. Volver a la aventura

Era el primer verano que coincidíamos en el mismo lugar. Por eso siempre estábamos juntos: Belén, Cristina, David y yo formábamos una verdadera pandilla. A veces se nos unía Erika, la hermana pequeña de Belén, a la que intentábamos despistar, y otras veces llegaba Fernando, un compañero del colegio, que no es de nuestra clase pero que casi parecía un miembro más. No sé si venía porque le gustaba un poco Cristina o porque con nosotros se lo pasaba mejor.

Fernando, que parece mayor, tiene nuestra edad y es el que «más sabe de la vida», según dice Cris, aunque yo creo que ella lo dice para provocarme y ponerme nervioso. Es una chica muy lista.

Lo cierto era que Fer conocía muy bien la zona del pueblo, sus alrededores y las cosas más emocionantes que había por allí, como lo que nos estaba contando en casa de Cristina.

—¡Nunca os había visto tan atentos! —dijo la madre de Cris, al entrar con unos vasos de leche y un montón de magdalenas; miró a Fernando y añadió—: ¡Debe de ser apasionante esa historia!... ¡Ay, si escuchaseis con el mismo interés en clase!

—No es nada —disimuló Fer—. Hablaba de las excursiones que pueden hacerse por aquí.

—Eso está bien. Hay que conocer los sitios adonde se va de vacaciones —y siguió sacando magdalenas—. Por cierto, ¿en vuestro pueblo también está cerrada la iglesia? Aquí sólo la abren los domingos a la hora de misa. Dicen que hubo unos robos...

—Oh, sí, sí... —improvisó Fer—. Ahora pasa en todas las iglesias —y más bajito, añadió—, ¡creo!

—Bueno, pues seguid con vuestras cosas, pero no olvidéis salir a dar una vuelta por el campo. Hay que aprovechar las ventajas de la naturaleza.

En realidad Fernando nos estaba hablando de un castillo que llevaba siglos abandonado en un lugar tan apartado y peligroso que era imposible llegar a él.

A mí me parecía que se lo estaba inventando y pregunté:

—¿Seguro que existe de verdad ese castillo?

—Si no te lo crees, ve a verlo con tus propios ojos.

—¿Yoooo? —sus palabras fueron toda una sorpresa, aunque supe reaccionar a tiempo—. ¿No dices que nadie ha estado allí?

—Es cierto, pero el castillo se puede ver desde la montaña que hay al lado del monasterio. Me lo dijo mi hermano.

—¡Qué buena idea! —se adelantó Belén—. ¿Qué os parece si mañana cogemos las bicicletas y vamos a divisar ese castillo maldito?

—¿Por qué maldito? —preguntó Cris, a quien le gusta conocer el significado exacto de las expresiones.

—Ah, no lo sé —replicó Belén—. Es lo primero que se me ha ocurrido. Así parece más interesante nuestra aventura. Además...

—¿Qué?

—Seguro que ese nombre le sienta bien. Todos los castillos ocultan algún oscuro secreto, y éste no va a ser menos. ¿Os imagináis? —y Belén empezó a fantasear por su cuenta—. ¡Podríamos descubrirlo!

—¡Vayamos! —dijeron todos menos David.

Éste muy serio afirmó:

—Ya sabéis que yo no tengo miedo a nada —los demás intentamos no reírnos—, pero esa excursión me parece una tontería.

—¿Por qué? —Cris trató de que nuestro amigo razonara.

—¡Porque está muy lejos! —dijo por decir.

—Pero si no sabes dónde está ese lugar que...

—David tiene razón —interrumpió Fernando, dejándonos a todos sorprendidos, incluido al propio David.

—¿Por qué tengo razón?

—El castillo está demasiado lejos y no es fácil el camino. Me lo dijo mi hermano cuando le conté un día que yo también quería ir a verlo. A no ser que...

—¿Quéeee?

—Que pasemos allí la noche.

—Pues pasamos allí la noche —intervino Belén.

—¡Estás loca! —dijo Cris—. Nuestros padres no nos van a dejar que acampemos en un lugar desconocido y desprotegido. ¡Mi madre, seguro que no!

—No pasa nada —intervino de nuevo Fernan-

do, y haciéndose el interesante, añadió—: Como os dije, al pie de la montaña hay un monasterio de monjes de clausura, pero quedan tan pocos que suelen alquilar las celdas como si fuesen habitaciones de un hotel. Podemos pedir una grande para los cinco.

—¿Seguro? —pregunté.

—Tan seguro como que mi hermano estuvo allí hace cuatro años. Ahora, como es mayor, ya no viene en verano con nosotros. Pero le impresionó mucho la visión de aquel castillo...

—¡Castillo... maldito! —le interrumpió Belén, orgullosa de haberse inventado el nombre.

—Bueno, él lo conocía como el castillo de los guerreros sin cabeza.

—¿Quééééé? —dijimos los cuatro a la vez.

—Es una historia muy larga. Ya os la contaré mañana por el camino.

Le miramos con curiosidad. Queríamos que nos dijese algo más, pero Cris se nos adelantó:

—Tengo que ver qué le digo a mi madre para convencerla —y mirando a Fer, preguntó—: ¿De verdad que se puede pasar la noche en ese monasterio?

—Claro, pero es mejor que llevemos el saco de dormir, por si acaso.

—Por si acaso, ¿qué? —interrumpí.

—Por si no hay camas normales. Esos monjes que sólo se dedican a rezar y cultivar la huerta deben de ser muy raros.

—Pues no me gusta nada —se quejó David.

—No empecemos —le cortó Belén—. Si no quieres venir, no vengas, pero no te dediques a estropear los planes de todo el mundo y a buscar siempre problemas.

—¿Problemas yo? —David se había picado—. ¿Cuándo he dado problemas? —insistió—. Ya está —dijo poniéndose en pie—. ¡Mañana, aquí a las ocho de la mañana con todo a punto, eh! ¿Quién es el que da problemas? —repitió, avanzó unos pasos y concluyó—: ¡Y ahora me voy!

—¿Adónde? —pregunté, y sonriendo, añadí—: ¿Al castillo?

—No. A casa, a jugar con la Play, que se me está oxidando. Llevo dos días sin tocarla.

—Está bien —dijo Cris—, pero no quedemos aquí. Mejor en otro lugar.

—¿Qué os parece en el pajar que hay a la salida?... —propuso Fernando, que vivía en el pueblo de al lado—. Está en lo alto del camino. Vais allí los cuatro, y en cuanto me veáis llegar, bajáis a buscarme y nos vamos...

—¡...Hacia el castillo maldito! —dije, tratando de vivir ya la aventura.

Le acababa de quitar la palabra de la boca a Belén.

—Pues yo esta noche voy a probar un videojuego de un castillo tenebroso en el que los esqueletos vivientes luchan contra los fantasmas y hay unos duelos muy chulos —dijo David.

Todos le mirábamos como si no nos lo creyésemos.

—¿Quééééé?

—¡Es para practicar! —se justificó—. Para estar preparado por si tenemos que enfrentarnos a peligrosos enemigos en el castillo ese. Estoy seguro de que encontraremos un pasadizo secreto. ¡Ya veréis lo bueno que soy! —y mientras se despedía, alzó los brazos—. ¡Temblad, calaveras sangrientas!